ligionarios y parece que llegaren a personalizar la idea que se va desvaneciendo y modificando. Hay en torno de ellos un último esfuerzo de defensa a medida que se ve avanzar la ola de dispersión. La carrera en estas condiciones siempre es segura y será brillante, como lo fue la de Mosquera, si sus ambiciones personales se ocultan cuidadosamente. Así no inspirará recelos a los ambiciosos que nunca olvidarán la facilidad de arrancarle en el momento oportuno la bandera de las manos.

JORGE RICARDO VEJARANO,
Miembro de número de la Academia Nacional de Historia.

ENSEÑANZA DEL CATECISMO

El R. P. Félix Restrepo, joven y ya eminente jesuíta colombiano, conocido en el mundo literario por sus obras pedagógicas, lingüísticas y literarias ha empezado a publicar en Madrid una obra titulada *Los grandes maestros de la doctrina cristiana*. El primer volumen contiene, traducidos al castellano, los tratados catequísticos de san Agustín. Reproducimos en seguida la introducción que será muy útil a los catedráticos de ciencia religiosa, y aun a los padres de familia para instruír a sus hijos en los misterios de la religión.

§ 1

LA CATEQUESIS EN LOS PRIMEROS SIGLOS DE LA IGLESIA (1)

Conforme al precepto de Cristo Nuestro Señor: «Id y enseñad a todas las gentes, y bautizad a todos en el

(1) Parte del § I de esta introducción se publicó en la revista *Estudios Eclesiásticos*, Madrid 1924, pág. 149.

nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles a guardar cuanto os he ordenado» (1), los apóstoles trataron en primer lugar de convertir al pueblo judío, a quien especialmente se había hecho la promesa de la redención, y después se extendieron por todo el mundo llevando a todos los puelos la buena nueva.

Enseñar a los hombres las verdades que el Hijo de Dios había revelado en la tierra, para que conforme a ellas dispusieran todos su vida, y bautizarlos para devolverles la vida sobrenatural que perdimos en el paraíso, éste fue y es todavía el primer deber de los enviados del Señor.

Catequesis y bautismo estaban, pues, en la más íntima relación en la primitiva Iglesia. Mas cuando los pueblos se convirtieron en masa, de modo que ya no podía ser sino excepción el bautismo de los adultos, y la regla era el bautismo de los niños, quedó la catequesis sin relación especial con aquel sacramento, y tomó nuevas formas que han variado no poco en el curso de los siglos.

Por hoy, nos limitaremos a exponer la catequesis en sus formas primitivas.

Tiempos apostólicos

Según la diversidad del auditorio era distinto el método de predicación que tenían que emplear los apóstoles. A los judíos tenían que persuadir de que Jesús era el Mesías por ellos esperado; a los gentiles tenían que convertirlos del culto de los ídolos al del verdadero Dios, para darles después la buena nueva de que Dios había enviado su Hijo al mundo. Compárese la arenga de san Pedro el día de Pentecostés con el ser-

(1) Mat. XXVIII, 19-20.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

món de san Pablo en el Areópago (1) y se verá esta diferencia.

Pero entre los mismos judíos distinguían ya los apóstoles dos clases de creyentes. Aquellos que, más versados en las sagradas escrituras, más libres de prejuicios y más dispuestos a oír la voz de Dios, podían recibir en toda su plenitud la doctrina de Cristo, y otros que, por débiles y apegados a lo antiguo, apenas podían como niños con lo más elemental de la doctrina del Salvador.

Escribiendo san Pablo a los judíos, se queja de que pudiendo, según el tiempo que llevan, ser maestros, todavía necesitan que les repitan los primeros elementos; de que se han vuelto como niños, que necesitan leche y no pueden llevar manjar sólido (2); y poco más abajo les repite por última vez los primeros elementos, para pasar a cosas más perfectas. «No insistamos, pues, más, dice, en el fundamento de la penitencia por las obras de muerte, de la fe en Dios, de la doctrina del bautismo, de la imposición de las manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno» (3).

Aquí tenemos el índice del catecismo que explicaba san Pablo a los más rudos. En la doctrina del bautismo estaba naturalmente incluída la de la redención, y la de nuestras relaciones con el Salvador.

Claro está que junto con esta parte dogmática enseñaba san Pablo la manera de bien vivir. En su primera carta a los corintios (4) habla de «sus caminos en Cristo Jesús, que por doquiera en todas las iglesias» enseñaba. Esta comparación de los caminos, más parece

(1) Act. Apost. II, 14 y XVII, 22.
(2) Hebr. V, 12.
(3) Hebr. VI, 2.
(4) IV, 17.

aludir a la parte moral y práctica de su predicación que a su parte dogmática.

Precisamente sigue esta comparación del camino el compendio más antiguo de moral cristiana, la llamada *Doctrina de los doce Apóstoles*, obra del siglo primero (1). En él se explican los dos caminos por donde puede ir el hombre: el de la vida, que consiste en el amor de Dios y del prójimo, y el de la muerte, que va por los vicios que allí se señalan para que los cristianos los eviten; y advierte el autor expresamente que todo esto se ha de enseñar antes del bautismo (2). Viene después el modo de bautizar, el precepto del ayuno, la oración del padrenuestro y las acciones de gracias de la cena sacramental. Siguen algunas reglas sobre la manera de tratar con los apóstoles y profetas, y el modo de discernir los profetas verdaderos de los falsos; sobre el modo de haberse con los peregrinos, con los prelados, con los hermanos en general, y sobre el modo de celebrar los misterios y de elegir los obispos y los diáconos. Termina el tratado con una exhortación a vivir preparados y con las señales del juicio final.

Resumen de un largo desarrollo

La instrucción de los catecúmenos, que, como hemos visto, se insinúa ya en la doctrina de los doce apóstoles, se desenvolvió de un modo singular.

En el siglo I y parte del II se enseñaba sin reticencias a los que deseaban hacerse cristianos la nueva doctrina, y se les daba, tan pronto como estaban dispuestos, el bautismo. Durante las persecuciones, la enseñanza, como toda la vida cristiana, tenía que ser

(1) Διδαχή, ed. Funk, Tübingen, 1887.
(2) Cap. VII.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

oculta y clandestina, pero no existía propiamente al principio la disciplina del arcano.

Después de Marco Aurelio respiró el cristianismo y se hizo de clandestino, público. Gran número de personas de todas las clases pedían el bautismo en las diversas regiones del imperio. La preparación de los bautizados no podía ser tan esmerada. El resultado fue que, al estallar la persecución de Decio, apostataron muchísimos con la misma facilidad con que se habían convertido.

Tal vez fue esto lo que dio ocasión a las iglesias de ser más rigurosas en la admisión, y de organizar por primera vez el catecumenado como un período de tiempo fijo, en el cual, con enseñanza asidua y con prácticas ascéticas y litúrgicas, no menos que con penitencias, se preparaban los recién convertidos a su admisión definitiva.

Tanto ésta, como la preparación, se rodearon de toda la solemnidad posible y de cierto misterio, sin duda para excitar el interés, para infundir en los convertidos más aprecio de lo que recibían, y para que su entrada en el cristianismo no fuera uno de tantos pasos de su vida, sino un gran acontecimiento que absorbía por mucho tiempo la atención del hombre, le mantenía en larga expectativa, le impresionaba más cuanto más se acercaba, y, finalmente, el día de su iniciación solemne le hacía una impresión saludable y profunda para todo el resto de su vida. La idea pedagógica de tales iniciaciones no era nueva. Se usaba ya en varios ritos de la antigüedad.

De esta manera se tuvo la catequesis desde el siglo III hasta la ruina del imperio.

Con ésta empezó una nueva éra en la vida de la Iglesia. Los pueblos bárbaros se convertían en masa,

ya no se podía pensar en dar a cada uno de los convertidos la educación especial del catecumenado. La atención de los ministros de la Iglesia tuvo que dirigirse a instruír en su religión a los ya bautizados, con los cuales no tenían ya razón de ser la disciplina del arcano ni las solemnidades de la iniciación.

Siendo cristianas las familias, los niños se bautizaban en temprana edad. Por si faltaban los padres o no estaban suficientemente instruídos en la fe, obligó la Iglesia a los padrinos a dar a sus ahijados instrucción religiosa; mas no bastando este cuidado, deber era de los ministros de la Iglesia instruír también a los pequeños. Así por toda la edad media la catequesis se dirigió a los niños y a la gente ruda. Para atender a los primeros fundáronse en casi todos los monasterios y catedrales escuelas, cuyo fin principal era enseñar la doctrina cristiana. La escuela nacida en el seno de la Iglesia creció después, se hizo fuerte y capaz de sostenerse por sí misma. En la edad moderna interviene en ella el Estado, considerándola como el medio más eficaz de difundir en el pueblo la cultura, pero deja, con pocas excepciones, su puesto a la Iglesia para que ella, por medio de sus delegados, continúe el cumplimiento de su deber sagrado de enseñar a los pequeños los caminos del Señor. De este modo, la catequesis empezó por ser una educación inseparable de las más sublimes prácticas del culto, y ha venido a convertirse en una asignatura escolar. Sólo donde no hay escuelas suficientes, o no dejan éstas el lugar debido a la Iglesia, cumple de nuevo la catequesis parroquial con el deber de llevar a los niños a Cristo.

Veamos ahora en particular, conforme a nuestro plan, el primero de estos períodos.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

El Catecumenado.

Consta ciertamente que a fines del siglo II estaba ya establecido en varias iglesias el catecumenado. Las santas Perpetua y Felicidad, martirizadas en Cartago el año 202, eran catecúmenas. Tertuliano opone la práctica de su Iglesia a la de los herejes, entre los cuales, dice, no se sabe quién es fiel y quién es catecúmeno (1). Según él, las prácticas ascetícas del catecumenado son: «oraciones frecuentes, ayunos y genuflexiones, vigilias pasadas en oración, y confesión de todos los pecados» (2).

Ya por entonces existía la famosa escuela catequética de Alejandría, que empezó por ser una escuela de catecúmenos (3), y se convirtió más tarde en una escuela superior de catequistas y teólogos.

El catecumenado no era muy largo en aquellos principios. Así, por lo que hace a Siria, se lee en las Homilías y recogniciones clementinas: «El aspirante debe dirigirse a Zaqueo (que era el obispo) para dar su nombre y aprender de él los misterios del Reino de los Cielos, ayunar frecuentemente, examinarse mucho, y al cabo de estos tres meses podrá recibir el bautismo un día de fiesta» (4).

Pero con lo paz dada a la Iglesia por Constantino tomó el catecumenado el carácter de una institución regular bien definida y general en toda la extensión de la Iglesia, aunque conservando sus peculiaridades en cada provincia eclesiástica. La admisión en el número de los catecúmenos estaba rodeada de imponentes ceremonias. En Roma se usaban la insuflación, los exorcismos, la señal de la cruz hecha en la frente, la imposición de manos y la aplicación de sal bendita (1).

(1) De praescr. XLI, M. 2, 68.
(2) De Bapt. XX, M. 1. 1332.
(3) EUSEBIO, V, 10; VI, 3; MG. 20, 454 y 528.
(4) MG. 1, 1311.

En Africa se usaban estas mismas ceremonias, a las cuales precedía una instrucción breve y compendiosa, que se daba en una sola sesión, sobre lo más esencial de la religión cristiana; y al mismo tiempo se examinaba al convertido, a ver si era pura su intención, o si más bien le movían respetos humanos a hacerse cristiano.

En Oriente duraba tres días esta primera iniciación. «El primer día, dice el Concilio Constantinopolitano, les damos el nombre de cristianos; el segundo, los hacemos catecúmenos; el tercero, los exorcizamos soplándoles tres veces en el rostro y los oídos; después los catequizamos y hacemos que asistan por largo tiempo a la iglesia y que oigan las sagradas escrituras, y por fin los bautizamos (2).

Hemos hecho arriba mención de la disciplina del arcano. Consistía éste en no descubrir a los profanos el símbolo de la fe, el padrenuestro, ni lo concerniente al santo sacrificio y a los sacramentos. De aquí las reticencias de que están llenos, sobre todo san Crisóstomo, san Agustín y Teodoreto en sus homilías al pueblo. La revelación se iba haciendo poco a poco. Para esto se establecieron dos grados en el catecumenado:

(1) Véanse las oraciones que acompañaban a estas ceremonias en DUCHESNE, *Origines du culte chrétien*, 3.ª ed., p. 296. El Concilio de Elvira prohibe recibir en el catecumenado a los cocheros (entendiendo los de carreras en el circo) y a los comediantes, si no renuncian a su oficio (Can. 62, Harduin, I, 256).

(2) Harduin I, 813. Como se ve, el nombre de cristiano comprendía también a los catecúmenos. Para distinguir de éstos a los bautizados, se les daba la denominación de fieles, *fideles*. Neófitos llama san Agustín, unas veces a los catecúmenos, otras, a los recién bautizados. Véase M. 40, 208 y 33, 220.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

el de los *catecúmenos* propiamente dichos y el de los *competentes* (1). En el primero, que solía durar dos o tres años (2), se explicaban a los catecúmenos las sagradas escrituras, y las normas de la vida cristiana, no en instrucciones especiales, sino en los sermones que antes de empezar la misa de los fieles se tenían para todo el pueblo los domingos, a veces entre semana, y también en las fiestas de los mártires.

Sólo después de haber sido reconocido, en tan larga prueba, un catecúmeno, digno del nombre de cristiano, se le admitía al grado de los competentes, para que en unas pocas semanas se preparara inmediatamente al bautismo. En este tiempo el Obispo en persona o un delegado especial suyo les revelaba el símbolo, el padrenuestro y lo esencial de la doctrina del sacrificio y de los sacramentos (3). La explicación cabal de todas las ceremonias sólo tenía lugar después del bautismo.

Conforme a esta disciplina del arcano los profanos no podían asistir a la celebración de los sagrados misterios. Sólo la primera parte de ellos, llamada *Missa catechumenorum*, en que junto con algunas oraciones se leían trozos de la sagrada escritura y se dirigía al

(1) Véase HUYSKENS, *Zur Frage über die sogenannte Arkandisciplin*, Münster, 1891.—FUNK, *Die Katechumenatsklassen*, Theolog. Quartalschrift, 1883, p. 41; cf. S. AGUSTIN, *de fide et op. 9*, M. 40, 198. «Hoc fit (praeparatio ad baptismum) multo diligentius et instantius his diebus quibus competentes vocantur, cum ad percipiendum baptismum sua nomina jam dederunt.»

(2) En España duraba dos años si el aspirante llevaba vida ejemplar, y sólo en peligro de muerte podía adelantarse el bautismo. Conc. iliber. Can. 42, Harduin I, 247.

(3) San Cirilo, san Crisóstomo y san Agustín estuvieron encargados en sus respectivas iglesias, aun antes de ser obispos, de este cargo de confianza.

pueblo la homilía, que era pública, no sólo para los catecúmenos, sino para los infieles y judíos (1). Estos debían abandonar el lugar sagrado después de la homilía. Antes de excluír a los catecúmenos se hacía oración por ellos y se les imponían las manos. Venían después las oraciones y exorcismos en favor de los competentes, después de los cuales eran también éstos excluídos (2).

Por varias razones no pocos catecúmenos, sobre todo de la aristocracia, permanecían indefinidamente en este grado sin pedir el bautismo. Sabido es que los emperadores Constantino y Constancio sólo se bautizaron a la hora de la muerte. San Martín de Tours, catecúmeno desde los diez años, se bautizó a los veintidós. A san Ambrosio le nombraron obispo de Milán antes de estar bautizado, y san Agustín, catecúmeno desde temprana edad, no se resolvió a dar el paso definitivo de su conversión sino a los treinta y tres años.

El grado de los competentes

Pero, por regla general, terminado el tiempo del catecumenado, el aspirante pedía el bautismo, y para prepararse a él entraba, como hoy diríamos, en ejercicios; es decir, en una escuela litúrgico-ascética, a que se juntaba la revelación de los misterios y que terminaba con la iniciación propiamente dicha.

Lo primero que tenía que hacer el que deseaba iniciarse era dar su nombre (3). Como el bautismo se concedía el día de Pascua, las listas se cerraban empezada la cuaresma; en Laodicea, por ejemplo, al terminar la segunda semana de la misma (4). No se ad-

(1) Conc. Cartag. IV, can. 84, Harduin 790.
(2) Constit. Apostol. VIII, 6. MG. I, 1075...
(3) S. AGUSTIN, *de fide et oper.* 9, M. 40, 203.
(4) Conc. Laod. can. 45. Harduin I, 790.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

mitía a ninguno que no hubiera llevado durante el catecumenado buena vida, o que no hubiera aprovechado lo bastante en enseñanza religiosa.

Empezaba, pues, la seria preparación para el bautismo. La Iglesia hacía al aspirante sus últimas confidencias antes de recibirle definitivamente en su seno. Por su parte, el convertido ponía todo su empeño en purificarse por la penitencia de los pecados pasados, y hacerse digno de la infusión de la gracia que iba a trasformarle en una nueva criatura. Eran los últimos días de una lucha definitiva entre el alma que se sentía pecadora y alejada de Dios, y quería encontrar benigno a su Creador, y el demonio que procuraba por todos medios asegurar la posesión de que por tántos años había gozado pacíficamente. La Iglesia, por su parte, no sólo exhortaba al soldado a la victoria, no sólo oraba por él, sino que con sus exorcismos procuraba debilitar el poder que aun después de la redención ha conservado el demonio sobre las almas.

Mientras duraba esta lucha, el convertido ayunaba (1), se abstenía de carne y vino (2), y también, si era casado, del uso del matrimonio (3).

Del fervor y diligencia que en este santo tiempo se notaba en los competentes, da testimonio san Agustín en su tratado de la fe y las obras, n. 9 (4), por estas palabras: «¿Nos olvidaremos de nuestra propia experiencia hasta tal punto, que no recordemos con cuánta atención y diligencia escuchábamos a los que nos catequizaban en aquellos días en que pedíamos ser admitidos al bautismo, y por eso nos llamaban competentes? ¿o no vemos a tántos otros que acuden todos los años a la piscina de la regeneración; cómo están esos días en que son catequizados, exorcizados, examinados, cuánto es su fervor y diligencia, con qué empeño obedecen cuanto se les dice? Si este tiempo no es el mejor para aprender cuál es la vida digna de tan excelente sacramento, cuándo será?»

(1) S. AGUSTIN, *de fide et op.* 8, M. 40, 202.
(2) Conc. Cartag. IV, can. 85, Harduin I, 984.
(3) S. Agustín, loc. cit.
(4) M. 40, 202.

La caridad de los hermanos no sólo ayudaba con oraciones al valiente luchador, sino que le acompañaba en sus penitencias, de donde tomó tal vez origen el ayuno cuadragesimal. Ya la doctrina de los doce apóstoles, de que hablábamos arriba, recomienda que antes del bautismo ayunen el bautizado, el que lo bautiza y algunos otros si pueden (c. VII). Más tarde, san Justino nos hace ver que la costumbre se había arraigado y extendido (1).

Dos prácticas ponían el sello a la victoria que en aquellos días alcanzaba sobre el demonio el catecúmeno: la confesión y el solemne juramento de renuncia a Satanás.

La confesión no era pública, sino secreta, ante el obispo (2); ni era propiamente confesión sacramental, como quiera que precedía al bautismo, sino una práctica ascética, con que el pecador se purificaba a sí mismo, confundiéndose, avergonzándose, humillándose y detestando su vida pasada. Eusebio, al contar la conversión de Constantino, nos habla expresamente de su confesión (3).

La renuncia solemne a Satanás es práctica que se remonta probablemente hasta el siglo primero. Tertu-

(1) MG. 6, 420.
(2) Véase ACHELIS, *Die canones Hippolyti*, Leipzig, 1891; can. 103, p. 92.
(3) MG.. 20, 1213.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

liano habla de ella como de una tradición de las más antiguas. En su tiempo solía preceder inmediatamente al bautismo. Antes de bajar a la piscina bautismal el catecúmeno hacía, en manos del obispo, juramento de renunciar «al demonio, a su pompa y a sus ángeles (1).

La parte esencial de la instrucción que daba la iglesia en estos días a los convertidos era la revelación y explicación del símbolo y del padrenuestro, así como la revelación de los sacramentos en que consistía su iniciación: bautismo, confirmación, eucaristía y los misterios de la misa.

La catequesis más completa que de estos puntos conservamos es la de san Cirilo de Jerusalén, en 348 (2). En 18 catequesis que precedieron al bautismo explica a los competentes cuál es su nueva vida, cuáles sus deberes de cristianos, y les enseña después, punto por punto, el recto sentido del símbolo de la fe. En los días de pascua continúa la instrucción en cinco catequesis llamadas mistagógicas, en que se explican brevemente los ritos sacramentales.

En Africa la instrucción peculiar que se daba a los competentes no era tan extensa. El símbolo se explicaba en una sola sesión. En otra se tomaba la lección del símbolo y se explicaba el padrenuestro. En un día a propósito el obispo tenía una plática como resumen de toda la instrucción religiosa y preparación del bautismo. Este se celebraba a la alborada del día de resurrección y a continuación los bautizados recibían la confirmación, asistían por primera vez al santo sacrificio, y hacían su primera comunión. La explicación de las ceremonias de la misa y la plena revelación del

(1) De corona, cap. III, ML. 2, 98.
(2) MG. 33.

misterio de la eucaristía, tenían lugar este mismo día, después de los oficios, en una sola instrucción.

Finalmente, el día de la octava de pascua recibían los neófitos los avisos convenientes para entrar a formar parte del pueblo fiel.

La liturgia de la iniciación

Para dar una idea de la liturgia que usaba la Iglesia en aquellos días de preparación para el bautismo y de los ritos de la iniciación, expondremos solamente la práctica de la Iglesia romana (1), con la cual coincidía en lo esencial la práctica de las iglesias africanas (2).

A partir de la tercera semana de cuaresma se dedicaban siete sesiones a la preparación de los bautizados. A estas sesiones se daba el nombre de escrutinios (*scrutinia*, de *scrutare* investigar), porque en ellas se averiguaba si el catecúmeno era digno del bautismo, y cualquiera de los fieles podía oponer las dificultades que juzgara convenientes.

En el primer escrutinio se cerraban las listas de los aspirantes, y se les dividía en dos grupos: los hombres a la derecha, las mujeres a la izquierda. Comenzaba la misa. Rezada la colecta, un diácono invitaba a los catecúmenos a postrarse y orar. Después de la oración se signaban diciendo: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Venían después los exorcismos. Un exorcista se acercaba primero a los hombres, después a las mujeres; hacía a cada uno la

(1) Cf. DUCHESNE, *Origines du culte chrétien*, París 1903, pág. 394. Para la liturgia usada en España, v. S. ISIDORO, *De officis*, M. 83, 814... y S. ILDEFONSO, *De cognitione baptismi*, M. 96, 111.
(2) HERGENROTAER-KIRSCH, *Handbuch der allgemeinen Kirchengeschichte*, 5.ª ed. t. I, p. 745.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

señal de la cruz en la frente, y les imponía las manos pronunciando la fórmula del exorcismo. Otro exorcista y otro tercero repetían la misma ceremonia. Cada exorcismo constaba de una breve oración que variaba, y de la siguiente fórmula común:

«Reconoce, pues, oh demonio, hijo de maldición, tu sentencia, y da honra a Dios vivo y verdadero, y da honra a Jesucristo su Hijo y al Espíritu Santo, y retírate de estos siervos de Dios, a quienes Dios y Nuestro Señor Jesucristo se han dignado llamar, por dón singular suyo, a su santa gracia y bendición y a la fuente bautismal. No te atrevas jamás, oh demonio, hijo de maldición, a violar el signo de la santa cruz que imprimimos en su frente» (1).

Después de los tres exorcistas se acercaba el sacerdote, y repetía la señal de la cruz y la imposición de manos, diciendo una oración en que pedía a Dios iluminara y limpiara a aquellos sus siervos para hacerlos dignos del bautismo. Se postraban de nuevo los catecúmenos, volvían a sus puestos y la misa continuaba. Antes del evangelio eran despedidos, como de costumbre.

Estos exorcismos se repetían todos los días de escrutinio. El tercer día tenía especial importancia. Era el destinado para iniciar al candidato en el evangelio, el símbolo y la oración dominical (2).

(1) Ergo, maledicte diabole, recognosce sententiam tuam et da honorem Deo vivo et vero, et da honorem Jesu Christo Filio ejus et Spiritui Sancto; et recede ab his famulis Dei, quia istos sibi Deus et Dominus noster Jesus Christus ad suam sanctam gratiam et benedictionem fontemque baptismatis dono vocare dignatus est. Et hoc signum sancte crucis frontibus eorum quod nos damus, tu, maledicte diabole, nunquam audeas violare.

(2) La ceremonia del evangelio no se encuentra en otras iglesias fuera de la romana. En Africa, la explicación del padrenuestro tenía lugar ocho días después de la entrega del símbolo, como adelante veremos.

Después de las colectas y gradual, salían de la sacristía cuatro diáconos con gran pompa, llevando los cuatro evangelios, uno cada uno. Se acercaban al altar y colocaban los cuatro libros sobre los cuatro ángulos de él. Los catecúmenos estaban de pie en actitud atenta y respetuosa. Uno de los diáconos leía las primeras páginas de san Mateo y el sacerdote las explicaba brevemente. Lo mismo se hacía con los otros evangelistas.

A continuación venía la revelación del símbolo, precedida y seguida por una exhortación del sacerdote. En los tiempos bizantinos, cuando la población de Roma era una mezcla de griegos y latinos, el sacerdote encargaba a los acólitos que hicieran repetir a cada uno el credo en su propia lengua.

El mismo sacerdote explicaba después el padrenuestro, punto por punto, y terminaba con una breve alocución.

La víspera de Pascua se celebraba el último escrutinio. Esta vez era un sacerdote el encargado de los últimos exorcismos, que revestían especial solemnidad. Seguía a continuación el rito del *effeta*. El celebrante tocaba con el dedo mojado en saliva el labio superior y los oídos de cada catecúmeno, recordando el milagro del sordo-mudo, y pronunciaba estas palabras:

«*Effeta*, que quiere decir ábrete, en olor de suavidad. Mas tú, demonio, huye, que se acerca el juicio de Dios» (1).

Los catecúmenos se despojan entonces de sus vestidos y reciben en el pecho y las espaldas una unción de óleo exorcizado. Todas estas ceremonias son simbólicas. El convertido va a librar el último combate

(1) Effeta, quod est adaperire, in odorem suavitatis. Tu autem effugare, diabole, adpropinquavit enim judicium Dei.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

con el demonio; es preciso que sus sentidos estén muy despiertos, es preciso ungirle como atleta que se prepara al combate.

Terminada la unción se presenta cada catecúmeno delante del sacerdote:

—¿Renuncias a Satanás?—Renuncio.

—¿Y a todas sus obras?—Renuncio.

—¿Y a todas sus pompas?—Renuncio.

Después de este solemne juramento hace el nuevo discípulo de Cristo profesión de fe recitando la fórmula del símbolo. Concluída la ceremonia, los catecúmenos se prosternan para hacer oración y son despedidos por el diácono.

Los así escogidos para el bautismo asistían con los demás fieles a la vigilia solemne de pascua.

En la lectura de los pasajes más importantes de la Biblia, interrumpida por cánticos acomodados a los textos, como aún hoy día se usa en el oficio del sábado santo, se pasaba el tiempo hasta la hora del bautismo.

Llegada ésta, se dirigía el Papa con los clérigos y los «escogidos» al hermoso bautisterio que todavía existe hoy en san Juan de Letrán. Se bendecía la fuente bautismal con el ceremonial que se usa todavía. Despojados de sus vestiduras avanzaban los escogidos hacia la piscina. El archidiácono los presentaba uno por uno al Papa, quien les hacía tres preguntas que resumen todo el símbolo: ¿Crees en Dios Padre todopoderoso?, etc. Tres veces respondía el escogido afirmativamente, y otras tantas era sumergido en la piscina y rociada de agua su cabeza, mientras el Papa decía: *Baptizo te in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.* Cuando había muchos bautizandos ayudaban al Papa los clérigos de la comitiva.

Mientras terminaba el bautismo se dirigía el Papa al consignatorio, donde le eran presentados los neófitos para la ceremonia de la confirmación. Un sacerdote ungía en primer lugar a los recién bautizados en la cabeza, con el santo crisma o aceite perfumado, bendito solemnemente por el Papa en los oficios del jueves santo.

Los neófitos recibían entonces, en vez de sus antiguos vestidos, blancas túnicas que conservaban hasta el día de la octava de pascua, que por eso se llama dominica *in albis;* es decir, *in albis depositis.*

Con su nueva vestidura eran presentados al Pontífice, asistidos por sus padrinos o madrinas, y recibían el sacramento de la confirmación.

A continuación venía la primera comunión. El cortejo se formaba para entrar de nuevo en la basílica. Los cantores cantaban y repetían las letanías. El Pontífice se prosternaba delante del altar, y levantándose de nuevo entonaba el *Gloria in excelsis,* comenzando así con un grito de júbilo la primera misa de Pascua, en que los iniciados gozaban por primera vez del banquete eucarístico. Al terminar la ceremonia, la aurora anunciaba el nuevo día.

La octava de pascua era una fiesta contínua. Cada día había misa en una estación distinta. Los neófitos asistían con sus blancas vestiduras, y tomaban parte en la comunión. Por la tarde se reunían de nuevo en la basílica lateranense para las vísperas, que terminaban con el canto del evangelio, es decir del *Magnificat,* y las preces de costumbre. Terminaba el día con una procesión que, al són de cánticos griegos y latinos, se dirigía al bautisterio y a la capilla donde habían sido confirmados.

Así terminaba, con la octava de Pascua, el solemne tiempo de la iniciación (1).

(1) En algunas iglesias continuaban por varios días ciertas

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

¿Quién duda que esta catequesis ponía en juego todas las facultades del hombre: imaginación y corazón, voluntad y entendimiento? ¿Quién duda que estaba admirablemente bien pensada, no sólo para atraer del cielo las bendiciones de Dios sobre el convertido, sino para excitar a éste a abandonar todos los resabios del paganismo, y a purificar su alma de todos los rastros de los pasados vicios, para que vestido del hombre nuevo empezara a vivir una vida alejada de los caminos del demonio y digna de un cristiano?

FELIX RESTREPO, S. J.

BREVE RESEÑA
DE LA INSTRUCCION PUBLICA COLONIAL

(CONCLUSION)

La historia debe un tributo de alabanza al Ilustrísimo señor fray Cristóbal de Torres, religioso dominicano que vino a Santafé en 1635 a encargarse de la silla del arzobispado. Este prelado, tan ilustre por su nacimiento como por su ciencia y más que todo por su virtud, fue quien echó los cimientos del famoso Colegio del Rosario. Desempeñaba en la corte el cargo de predicador del rey don Felige IV, y su generosidad y amor a la educación le movieron a dejar en el Nuevo Reino un monumento que llevase de generación en generación no tanto la fama de su esplendorosa munificencia cuanto la antorcha de las luces.

prácticas ascéticas. Neophyti aliquandiu a lautioribus epulis et spectaculis et conjugibus abstineant, manda el Concilio cartaginense 4.°, can. 86, Harduin I, 984.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico